

decir, aquello que parece en lo exterior, pero su obra propia, el alma de ese cuerpo, su actividad, interior, sólo á Dios está patente y él solo la puede apreciar. Lo que el sacerdote ora en el interior de su habitación por él y por su pueblo, sólo Dios lo ve; la vida interior es en efecto vida de oración y de retiro, vida de íntimo y amigable comercio con Dios. Lo que el sacerdote ha luchado y sufrido por el celo de Dios y de su Iglesia, nadie lo ve ni lo aprecia sino el mismo Dios, y solamente el día de la eternidad lo revelará. Toda la bendición y eficacia de su actividad exterior procede de esta vida interior como de su fuente, y si ésta se seca toda la fecundidad de aquélla desaparece.

Este continuo mirar del alma hacia Dios, en cuya presencia se siente el sacerdote al ejercer sus sagrados ministerios, de Dios que examina su corazón y solo es justo juez, á cuyos ojos está patente su alma; ese mirar, digo, es lo que nos da fuerza, alegría y perseverancia en nuestra abnegación para marchar por el sendero recto sin declinar á la diestra ni á la siniestra, sin echar una mirada á nada que no sea Dios ó que á él no conduzca. Esta vida interior y venturosa, toda consagrada é Dios, descansa como en su más sólida base en la fe, es decir, en la fe viva; por lo cual afirma Santo Tomás que la mayor de las desgracias y el mayor de los pecados es la apostasía (1), lo cual te probará, mi querido Timoteo, la necesidad de nutrir y conservar siempre viva la fe en nuestro corazón. Á ella debemos el poder conocer á Dios con ese conocimiento que nos le hace ver á la vez tan poderoso y tan amable, tan misericordioso y tan justiciero, tan inmenso y habitando en nuestros corszones. El que está bien penetrado de la fe, ve á Dios por todas partes y en todas las criaturas, escucha su dulce voz en lo recóndito de su corazón, y ya aquí en la tierra tiene parte en el celestial convite (2), adquiere la verdadera libertad de espíritu y goza de aquella paz que el mundo no conoce y que por consiguiente no

(1) S. th. II II. q. 10, a. 3.—(2) Apoc. 3, 20.

puede dar. «El que cree, dice San Juan, posee la vida eterna.» (1) Podremos caer y caer frecuentemente, pero mientras subsista la fe, siempre es posible la salvación, pues la raíz está todavía sana y cualquier enfermedad es curable; mas perdida la fe, todo está perdido. Á la manera que, en la vida natural, la locura hace que el hombre pierda el verdadero punto de vista desde el cual debe juzgar las acciones propias lo mismo que las ajenas, pues toda la armonía del alma está trastornada al trastornarse su principal centro de unión, lo propio sucede en la vida sobrenatural al que ha perdido la fe, que ni se conoce á sí mismo ni conoce á Dios, y por consiguiente no hay camino por donde pueda venirle la salud.

Ahora bien, mi caro amigo, el medio principal de conservar y nutrir en nosotros esta preciosa vida de la fe, es la meditación, y con esto volvemos al punto de partida.

Sin meditación nunca pasaremos de ser medianos teólogos, es decir, medianamente instruidos en las cosas de Dios. La meditación es el punto de unión entre la oración y el estudio, es el aliento vital que hace que resulte en nuestras acciones lo que en el entendimiento hemos conocido; sin meditación, toda nuestra ciencia acerca de Dios es como semilla esparcida en el alma sobre la cual no cae lluvia ni rocío, permaneciendo por lo tanto seca é infecunda. «¿Qué te aprovecha leer y entender esos escritos, dice san Bernardo, si á tí mismo no te lees ni te entiendes? Conságrate pues á la lección interior, á fin de que te leas, te consideres y reconozcas á tí mismo (2).» La propiedad distintiva de las verdades cristianas es, que, como las grandes obras de arte, cuanto más se consideran, tanto mayores perfecciones y bellezas ostentan, y que siendo tan antiguas como Dios mismo, se presentan siempre con aspecto tal de novedad, que ni el ojo se fatiga ni el entendimiento se sacia de contemplarlas. «Pequeño é insignifi-

(1) Joan. 3, 36; 6 47. (2) Meditat. de cognitione humanae conditionis, c. 13.

cante es el grano de mostaza dice un antiguo (1), y en su exterior ni tiene sabor ni dulzura, pero si lo masticas, pronto experimentarás lo fuerte de su sabor.» Procura en la meditación abandonarte como un niño en los brazos de Dios y dejarte penetrar de las eternas verdades. No te inquietes ni excites tu fantasía, antes por el contrario, deja que tu espíritu repose en el pensamiento que alivia á tu corazón y mueve tu voluntad hacia el bien. Una sola verdad bien rumiada y penetrada, promueve más el adelantamiento en nuestra vida interior que muchos pensamientos elevados y sublimes que pasen por el alma cual aves viajeras por extraña tierra. Si meditas sobre una verdad, déjala que penetre tu corazón y en él eche profundas raíces. No te esfuerces por rechazar violentamente las distracciones que en ella te molesten, sino más bien procura sobrellevarlas con paciencia, pues por muy importunas que sean, pasarán al fin, y entre tanto, nos ejercitan en la humildad; con la humildad y paciencia debemos salvar nuestra alma. Una vez que te hayas empapado bien de una verdad, puedes pasar á considerar otra; cuando te ofrece una alimento abundante, permanece en su consideración. Deja que tus sentimientos sigan libremente y con naturalidad á la inteligencia, y guárdate, sobre todo, de hacerles violencia.

Humildad, paciencia, obediencia y amor son afectos que Dios aprecia mucho más que los grandes y sublimes pensamientos, sobre todo el amor, que es de donde proceden y en el que se fundan todas las otras virtudes, y del que se nutren, como los diferentes miembros del cuerpo de la sangre que procede del corazón. Poseído de este amor, aunque las distracciones pasen y crucen por el alma como las olas de borrascoso mar, no debes desesperar. Ponte en la presencia de Dios y déjate conducir por su sabia y paternal mano. A este anhelo de nuestra alma á Dios, corresponderá una mirada suya llena de amor, que bastará para

(2) Pseudo-Ambros., Serm. XIX, in Dom. VI p. Epiph.

calmar la tormenta de nuestro interior, como bastó su sola presencia para tranquilizar al mar cuando los discípulos se creían perdidos.

El fruto de la meditación debe notarse en tu vida; ésta debe probar con evidencia que tu oración y retiro interiores no son una mera distracción ó un ejercicio puramente especulativo ó un deleitarse en ciertos afectos interiores que, por muy dulces que parezcan, nunca determinan la voluntad ni se traducen en obras. Una meditación que no nos mueve á obrar, ni excita el celo de nuestra vocación, ni nos da fortaleza para el sacrificio, no puede llamarse verdadera meditación. La meditación que no llega á producir en nosotros, como árbol plantado en suelo fecundo, paciencia, humildad, amor de Dios y del prójimo, conduce á ilusiones y cierta como dulzura que afloja y enerva las almas. Lo acabado, pues, y lo perfecto consiste en unir con estrecho vínculo la meditación con el trabajo, y hacer que éste á su vez alterne con la meditación. Ni el quietismo ocioso ni la exagerada actividad exterior aislados pueden conducir al verdadero fin.

La meditación de buena ley, mi querido Timoteo, ha de ser, pues, como el lazo de unión entre la teoría y la práctica de la vida, es decir, entre el saber y el vivir, el conocimiento y el amor; debe abarcar las dos principales direcciones del espíritu en su raíz y santificarlas. Apoyada en esta base, recibe la vida ascética de parte de la ciencia, claridad y determinación sus principios, y la ciencia á su vez, calor y vida por parte del amor, poniéndose ambas al servicio de Dios. El conocimiento teológico resulta entonces eminentemente práctico, y el ejercicio práctico es á su vez sabiamente guiado por el conocimiento teórico; la vida es el resultado de la doctrina y ésta á su vez el pensamiento iluminador de la vida. Las grandes obras que los hombres ilustres han realizado en el mundo externo, tenían siempre su raíz en su vida interior. La falta de esta armonía ha hecho con frecuencia presentar como opues-

tas la ciencia y el ascetismo, la ilustración y la edificación. Por entenderse mal esta saludable unión y por faltar á estos principios, vemos aparecer muchos libros de devoción, ó pobres en grandes pensamientos, ó éstos expuestos en una atmósfera poco luminosa, ó faltos de la necesaria solidez teológica, lo cual hace que unas veces muestren un rigorismo exagerado, y otras estén llenos de dulzura y sentimentalismo; de aquí proviene también lo que en ciertas obras católico-científicas se observa, en las cuales toda la ciencia teológica se reduce á una colección de ideas alambicadas é infecundas, ó á un conjunto de sutilezas incomprensibles, ó bien se concreta á establecer un palenque de vivas discusiones y polémicas que dejan vacío el corazón y en nada sirven á la edificación interior. Esto que hoy tan frecuentemente lamentamos, no ocurría entre los antiguos. Anselmo de Cantorbery encontró y expresó en la meditación los más profundos pensamientos teológicos, y todos conocen los escritos de San Agustín, donde la oración, la meditación y la especulación científica nos ilustran, edifican y mueven en igual manera. Y no puede menos de suceder así, puesto que aquello de que nuestra teología trata, es el Dios vivo, el Dios de nuestros padres, aquel que tan grandes maravillas ha obrado en los pueblos y en las almas y al que nuestros corazones adoran, no siendo aquella una ciencia abstracta y muerta que no tiene corazón.

Animada por esta savia vital, y sólo así, se transforma la ciencia en sabiduría. El cuerpo se alimenta de pan, el entendimiento vive de ideas: el justo vive de la fe (1). Mas con esta diferencia, que, tratándose del alimento corporal, el que lo toma se lo asimila, mientras que con el alma sucede lo contrario, es decir, que se hace semejante al espíritu del cual se nutre. En este constante asimilarse consiste nuestro crecimiento espiritual. Y á la verdad, ¿de quién puede con razón afirmarse que es grande? Ciertamente de

(1) Rom. 1, 17.

aquel tan sólo que en su alma lleva cosas grandes, y cuya vida está llena de ellas y á ellas consagrada. Ahora bien, y prosiguiendo en esta gradación, aquel que de las cosas de Dios ha llegado á hacer cosas propias, es sin duda el mayor de todos, puesto que Dios es de todos los seres el que única y propiamente puede llamarse grande. Pues esta grandeza es la que adquirimos mediante la verdadera meditación. En ella el sacerdote entra en sí á tratar con Dios familiarmente todos sus asuntos; y entonces es cuando se hace sentir en su alma aquella paz y santa calma en medio de la cual percibimos el aura de la presencia de Dios, y ante cuyas dulzuras el mundo se parece muerto para nosotros. «¡Oh día y noche felices! ¿Quién podrá decirnos las cosas que escucharon (los discípulos) de la boca del Señor?» (1) exclama San Agustín, exponiendo aquellas palabras de San Juan: «los discípulos vinieron y permanecieron con Él.»

No quiero terminar esta carta, mi querido amigo, sin añadir todavía algunas reflexiones sobre este punto fundamental. Al leer, en efecto, las entusiastas frases con que todos los santos y hombres grandes ensalzan la meditación, es preciso convenir en que ésta es de absoluta necesidad para el sacerdote. Estribando en esta razón, insistía San Carlos Borromeo en que no debía procederse á la ordenación de un alumno de quien no constara que era ejercitado en la oración y meditación (2). Y á la verdad nada hay más á propósito para preservarnos del pecado que la meditación. «Muy bien puedes predicar, dice San Juan Crisóstomo, y sin embargo cometer pecados, pero es im-

(1) August., tract. VII in Joan. c. 9: «Venerunt et fuerunt cum illo. Quam beatum diem duxerunt, quam beatam noctem! Quis es qui nobis dicat, quae audierint illi a Domino?»

(2) Concil. provinc. Mediolan. V, pars 3, De examinandi ratione: «Examinis autem omnium ea ratio instituta sit, ... an in orationis studio usque versatus sit, quibus meditationibus instructus Deum tacitus oret, qui orationis modus, qui illius fructus, quaeve utilitates, quot quibusve partibus illa constet, quae regula praeparationis ad orationem, et cetera multa eiusmodi» (Acta Recl. Mediolan. a S. Carolo condita I (Patavii 1754), 222 sq.).

posible que orando y meditando permanezcas en el pecado». Es por consiguiente la meditación nuestro escudo y principal arma de defensa contra los peligros del mundo; es necesaria además si queremos cumplir fielmente nuestros deberes. En la meditación se inflama nuestra alma, y este fuego en que ella arde, obra de una manera iluminadora sobre aquellos que nos escuchan. Entonces sí que la palabra de la predicación se apodera, cual viva llama, del corazón de los oyentes; entonces penetra y posee aquella unción sublime que se experimenta y se siente, pero que no se puede expresar: es el espíritu de Dios que habla por nosotros, é infunde en nuestras palabras vida divina. En el sacramento de la penitencia y al lado del enfermo, donde sobre todo se revela el interior del sacerdote, el que está ejercitado en la meditación mostrará admirable fuerza para quebrantar los corazones, confortarlos, dirigirlos y consolarlos. Entonces es cuando se difunde en el exterior aquel aliento celestial que en la meditación ha recogido, aliento santo que hace que los pecadores se acerquen á él confiados, hasta el punto de confundir con él sus corazones. Mas sobre todo, ¿cómo podrá el sacerdote ofrecer el gran sacrificio del altar si antes no se ha humillado en el polvo de su nada, y meditado el divino sacrificio en toda su grandeza y majestad y limpiado cuidadosamente su espíritu del polvo de la tierra dejándose penetrar de santos pensamientos, para postrarse luego, semejante á los ángeles, en profunda adoración ante las gradas del altar? (1).

La meditación hace también al sacerdote más ligeros sus trabajos, pues el pensamiento de Dios que en la oración de la mañana se ha arraigado en su corazón, esclarece cual rayo solar todas sus acciones comunicándoles un valor eterno. Entonces si que nunca decimos ¡basta! y nada nos

(1) Gregor. M., Moral. XXIII, 20: «Sancti viri, qui exterioribus ministeriis officii necessitate coguntur, studiose semper ad cordis secreta refugiunt, ibique cogitationis intimae cacumen ascendunt et legem quasi in montibus, percipiunt, dum, postpositis tumultibus actionum temporalium, in contemplationis suae vertice supremae voluntatis sententiam perscrutantur».

parece demasiado difícil, pues trabajamos para Dios. Entonces sí que comprendemos toda la verdad de aquellas palabras de San Bernardo: «*Tam pio otio nullam operam dare, nonne vitam perdere est?*»

El tiempo más á propósito para la meditación es la madrugada; por lo cual exclamaba el real Profeta: «¡Oh Dios y Señor mío, en Tí pienso cuando despierto con la aurora, y mi alma está sedienta de Tí!» La meditación es el verdadero sacrificio de la mañana, donde el alma ofrece á su Creador, como Israel en otro tiempo, las primicias de sus frutos.

Por lo que se refiere al método en la meditación, ya de jo indicado lo principal. La convicción general de la trascendencia de este ejercicio, ha hecho que se publican gran cantidad de métodos para hacer su práctica provechosa, pero aquí podría muy bien aplicarse lo que dijo un sabio, que la abundancia nos ha empobrecido (1). Es cierto que la meditación, como cualquier otra operación del espíritu, debe estar sujeta á ciertas reglas, pero la aglomeración de éstas la paraliza más bien que la promueve. Dios, que habla á nuestras almas, no está ligado á prescripciones ni métodos; «su espíritu sopla allí donde á él le place». Por otra parte, nada más fácil que aplicar la imaginación, la memoria y la inteligencia á la consideración de las verdades de la fe siguiendo cierto orden; nada más sencillo que reflexionar sobre los misterios de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, donde al mismo tiempo se nos presentan las personas y se nos explican sus actos (2). En este particular, los métodos de San Ignacio de Loyola y San Francisco de Salés (3), dejan la mayor libertad. Con razón decía un antiguo (4), que la meditación no es otra cosa que la in-

(1) Joan. Roothaan, De exercitiorum usu litt. encycl., Romae 1838. — (2) Directorium in exercitia spiritalia S. Ignatii Loyolae c. 8, n. 3: «Solidus fructus consistit in cognitione illarum veritatum et voluntatis motione, quae procedunt ex lumine intimo, non autem in hac attentione violenta aut incoactiis illis lacrimis» ed. Aven. 1829 p. 213. — (3) Filotea I. II, cap. 2. — (4) Liber de spiritu et anima c. 52 (inter S. Agustini opera subdititia).

vestigación diligente de la verdad oculta (1), y por lo mismo es ante todo un acto del entendimiento que debe preservarnos de oscuras imágenes lo mismo que de vanos delirios; pero no se contrae al entendimiento sino que obra también en nuestros afectos, excita nuestra voluntad y provoca en nosotros santas aspiraciones. Mientras la meditación de una verdad produzca en nuestra alma ilustración y celo en el cumplimiento de nuestros deberes, no debemos dejarla, como antes he indicado, para pasar á otra, sino que, imitando, á la abeja, procuremos permanecer en ella hasta haberle sacado toda la miel. Lejos de acumular verdades, debemos procurar tomar todo el tiempo necesario y gustar en cada una de ellas todo el maná escondido porque, como decía San Ignacio, «... no el mucho saber harta y satisface al ánimo, sino el sentir y gustar de las cosas interiormente» (2).

Me he extendido en este punto, mi querido Timoteo, más de lo que pensaba, pero no me arrepiento, pues la importancia del asunto es tan grande. La meditación es la *conditio sine qua non* de toda la vida fructífera del Sacerdote; ella es la fuente de dónde se deriva toda la bendición para su vida y para sus actos. «Sólo entonces, dice San Gregorio Magno (3), podrá el sacerdote cumplir los deberes de su ministerio cuando se haya penetrado del espíritu de veneración y amor de Dios, y aprendido á meditar día y noche en su ley santa: sólo así podrá conservar en su corazón vivo el fuego santo que tanto peligro corre de resfriarse en el comercio con el mundo, pues es cosa probada que en el trato con los hombres el corazón se hace pesado

(1) Director. c. 19, n. 4: «Ut cum quis conjicit oculos in tabulam aliquam pictam, in qua sit varietas rerum pictarum, prius unico intuitu omnia confuse cernit, et scit, quid in ea tabula contineatur; postea vero figit oculos in singulis particularibus rebus, quae ibi pictae sunt, easque singillatim melius et accuratius perpendit.»—(2) Ignatius, Exercit. spiritualia: «Non enim abundantia scientiae, sed sensus et gustus rerum interior desiderium animae experire potest» ed Aven. 1829 p. 18. Cf. S. Ignacio, Ejercicios espirituales, anot. 2.—(3) Renui. pastoral., pari II, c. 11.

y se pierde entre la multitud de los negocios, por lo que se ve siempre precisado á concentrar de nuevo sus fuerzas en la meditación de la Sagrada Escritura.»

Con lo dicho hasta aquí, nos es fácil juzgar sobre lo que debe ser el seminario. Su verdadera fecundidad y excelencia no dependen de la aglomeración de reglas y ordenanzas, antes por el contrario, éstas por sí solas pudieran hacer que se realizaran aquellas palabras de Tácito: «*plurimae leges, pessima respublica.*» Ni mucho menos puede tomarse como prueba evidente de la excelencia de aquéllas el que prescriben la absoluta separación del mundo y del trato con los mundanos, puesto que en los más apartados desiertos experimentaron los anacoretas las tentaciones de Satanás, siendo un hecho, por otra parte, que los malos pensamientos y las imágenes de una fantasía excitada no respetan los más altos muros. Tampoco consiste el verdadero espíritu en la severidad de la disciplina exterior, en la multiplicidad de ejercicios devotos ó de obras de mortificación (1), pues todo esto pertenece al hombre exterior y también lo practicaron, y con mucho mayor rigor, los Aztecas de Méjico y los Fakires de la India. El reino de Dios, por el contrario, está «en vosotros», es decir, en el interior de cada uno. El espíritu es el que vivifica, y sin él todo está muerto y es dañoso. La raíz y esencia de la perfección cristiana consiste en el amor de Dios sobre todas las cosas (2) y del prójimo por Dios, y de esta raíz reciben todas las demás obras de su valor y su importancia. Este amor de Dios no reconoce medida ni límites, pues nunca podrá el hombre decir: «no puedo ir más adelante en el amor de Dios; no puedo rendirme más á su santa voluntad.» Al contrario, en las otras obras que á la perfección cristiana se refieren, como, por ejemplo,

(1) Cf. Scupoli. Combate espiritual cap. 1.

(2) Thom. S. th. II II, q. 184, a. 1 ad 2: «Vita christiana specialiter in charitate consistit, per quam anima Deo coniungitur, unde dicitur 1 Jean 3, 14: Qui non diligit, manet in morte. Et ideo secundum charitatem attenditur simpliciter perfectio christianae vitae. Cf. Rom. 6, 14.»

la mortificación exterior, el ejercicio en la oración y otras semejantes, hay un límite que consiste en la constitución personal y el género de vocación particular, y una vez traspasado este límite, por el mismo hecho peligra el verdadero progreso espiritual. Su significación é importancia como medios ú órganos por los cuales se expresa y manifiesta el amor de Dios, no la tienen por sí mismos, sino que este mismo amor es el que les da la medida y dirección. Abandonadas á sí mismas, pueden llegar á ser desmesuradas y desordenadas, lo cual no sucede con el amor de Dios, que está sobre toda medida y no conoce más norma que la misma infinitud de Dios. Aquí no existen límites; y el que se ha consagrado á un estado de perfección, cual es el sacerdocio, no debe conocer reposo, sino avanzar continuamente, y no descansar nunca.

¿Qué es lo que se propone el seminario? Su objeto es salvarnos de la corrupción del mundo, de sus falsos halagos y placeres; quiere guiarnos y excitarnos á renovar en nosotros el hombre interior según Dios, presentándonos en Jesucristo el perfecto ideal del sacerdote. Según ese modelo debemos ser formados, para acercarnos cada día más y más á él. El orden de vida en el seminario debe tender á formar al futuro sacerdote en el interior, y si no hace esto, todo lo demás no tiene valor alguno. Así como el orden del Antiguo Testamento presentaba el ideal del perfecto israelita, así el orden del seminario debe presentar la vida del sacerdote tal como debe aparecer en el mundo según la voluntad de Dios y de su Iglesia. Tarde ó temprano el seminarista ha de abandonar el seminario, y entonces ya no le sigue la vista del superior, ni está sujeto á ciertas reglas, ni los densos muros del seminario le separan del mundo; pero él mismo es su regla y su superior, y en su interior, aunque viviendo en el mundo, debe estar distante de él. Si el seminario ha llegado á formar este espíritu en sus alumnos, entonces sí que puede gloriarse de haber cumplido su gran misión. Por lo mismo,

el verdadero seminarista estima y venera las reglas del seminario y se esfuerza por cumplirlas con toda exactitud. Estas en su esencia son venerables por su antigüedad y ostentan la majestad de los siglos: hombres grandes y sabios han trabajado en su perfeccionamiento, y los más venerables sacerdotes de la diócesis llegaron á ser tales observándolas con fidelidad. El alumno que las sigue, no obedece al capricho de un hombre, sino cumple la voluntad de Dios y ejercita la más bella de todas las virtudes: la obediencia. Y á la verdad, ¿cómo podría más tarde mandar á los otros si antes no se ha ejercitado él mismo en obedecer? ¿cómo podría llamarse discípulo de Jesucristo modelo de obediencia y sumisión? Subyugando su voluntad débil y vacilante bajo la santa obediencia, la fortifica y robustece y adquiere la verdadera libertad de los hijos de Dios. En su entera sumisión á su director espiritual, se hace verdaderamente independiente. Aquel que por solo su consejo pretende guiarse, es verdaderamente ciego; su egoísmo le engaña, y esto hace que necesite de un guía experimentado, que fuera de él y elevado sobre la esfera de sus pasiones le ayude eficazmente á sobreponerse á ellas y á subyugarlas. Aquel pues que rechaza esta dirección y pretende solamente seguir su instinto haciendo un ídolo de su voluntad, será como la caña que el viento mueve en todas direcciones, ya lleno de esperanza, ya desesperado, comenzando ahora una obra cualquiera para dejarla después fatigado y sin aliento. El que así procede no será nunca hombre de carácter firme y enérgico como lo fueron todos los santos y grandes hombres, espirituales, generosos, llenos del espíritu de sacrificio, grandes en sus empresas y pensamientos y mucho más grandes en el sufrimiento.

De aquí se deduce lo que ya antes te he indicado, á saber, que la vida bajo una regla es muy propia para fomentar el espíritu interior, del cual es á su vez fruto aquélla.

Cuanto mayor es la apatía para todo lo espiritual en

nuestra época, tanto más grave es el deber del sacerdote de recogerse y hacerse hombre verdaderamente espiritual, pues la corriente sensual y carnal, cual río impetuoso, amenaza llevarse tras sí todo sentimiento de vida interior.

Donde existe la vida interior y abstraída del mundo, allí existe también el espíritu de la ciencia y el amor al estudio. «Los labios del sacerdote, dice la Escritura, deben conservar la ciencia, y de su boca se exige la ley» (1). Los grandes solitarios del desierto obligaban al trabajo á sus discípulos, pues sin trabajo, decían, no es posible perseverar en la perfección (2). El trabajo intelectual debe, pues, constituir para el seminarista un deber primordial é imprescindible.

«Aprende, dice San Jerónimo (3), antes de enseñar, y prepárate á dar cuenta de la fe y esperanza que en tí se ha depositado. Sé experto é ilustrado en los misterios de la salvación... Nada más fácil que entusiasmar con cierta facundia natural á un auditorio de gente ignorante, que tanto más sorprendido se muestra, cuanto menos entiende lo que se le dice.... El simple é ignorante no debe creerse santo precisamente por su simplicidad é ignorancia, pues la santa ignorancia, por mucho que pueda edificar, no deja de ser nociva, pues es impotente para oponerse al enemigo; y San Pablo ordena á Timoteo que, como obispo, tenga conocimiento de las Sagradas Escrituras». Hay pues, mi querido Timoteo, una gran diferencia entre la justicia y santidad del sabio y la del ignorante (4). Aquellos que instruyen en la justicia á muchos, dice la Escritura, resplandecerán como estrellas por toda la eternidad» (5). Algunos creen que la santidad consiste en la rus-

1) Mal. 2, 7. — 2) Cassianus. De Coenobior. institut. X. 14: «Causas tantorum vulnerum, quae de radice otiositatis emergunt, uno operationis salutari praecepto curavit (Paulus), ut peritissimus medicorum; ceteras quoque valitudines malas eodem cespite pullulantes sciens protinus exstinguendas, origine morbi principalis exempta.» Basil., Reg. ins. tact., interrog. 37: Εἰ δὲ ἔτι προφάσι: τῶν προσευχῶν γὰρ τῆς ψαλμῳδίας ἀμελεῖν τῶν ἔργων.

— 3) Hieron., Ep. II, ad Nepotian., c. 7 y sg. — 4) Id., Ep. LIII, ad Paulin. — 5) Dan. 12, 3.

ticidad é ignorancia, porque son discípulos de apóstoles pescadores y hasta llegan á juzgar que precisamente son santos por no haber aprendido nada (1). Es cierto que la ciencia hincha, como dice el Apóstol, si solamente ocupa al entendimiento y excluye á la voluntad y el corazón, pero no hablamos aquí de esta ciencia que es á la que se refería el apóstol. «*Ignorantia plures habet superbos quam humiles*», decía Juan Tritemio, que en su oficio de abad debió haber experimentado frecuentemente la verdad de esta sentencia. Mas donde existe la verdadera ciencia católica, existe también el amor católico. Y, después de Dios y Jesucristo, ¿qué objeto más digno de nuestro amor que su esposa la Iglesia? En mis anteriores obras he escrito mucho sobre la esencia, belleza y grandeza de la Iglesia (2); pero es éste un tema tan fecundo que por mucho que se diga de él, siempre queda algo que decir. Una palabra sintetizará muchas frases: es la esposa amada de Jesucristo. Ahora bien, ¿qué no ha hecho por su esposa este divino enamorado? En su frente ha estampado el sello de la divinidad y ha colocado la corona de la inmortalidad sobre su cabeza; con su escudo de luz la ha protegido contra las flechas envenenadas del error y la mentira, y la ha adornado con sus más preciosas joyas. Él mismo se ha dado á ella en arras: ella conserva su cuerpo santo á través de los siglos distribuyéndolo á todas las generaciones, y unida con él en mística unión engendra continuamente nuevos hijos de Dios de hijos del pecado.

La ciencia nos enseña que sin la Iglesia no podemos llegar á Jesucristo. El amor nos conduce á esta nuestra madre, por cuyo medio Jesucristo ha querido dispensarnos todos sus dones y gracias, es decir, su palabra en la predicación, redención y santificación en el sacrificio y los sacramentos, lo mismo que en la divina Eucaristía. Por es-

(1) Hieron., Ep. XXVII, ad Marcellam, c. 1: «Quam (crassam rusticitatem) illi solam pro sanctitate habent, piscatorum se discipulos asserentes, quasi idcirco sancti sint, si nihil scierint.» — (2) En la «Apología», de la cual existe también una edición en lengua castellana.

to exclamaba San Agustín: «*Credamus fratres: quantum quisque amat Ecclesiam Dei, tantum habet Spiritum Sanctum*» (1) Ella es en efecto la que sin cesar, hasta la consumación de los siglos, procreará nuevos hijos para Dios (2). Como el niño obedece á la voz y á los preceptos de su madre, así el joven levita debe mirar y reverenciar á la Iglesia. Y puesto que adora á Jesucristo como cabeza invisible, tampoco debe cesar de reverenciar á aquella cabeza visible que Dios ha puesto en el mundo; de ella, en efecto, recibimos todo lo que debemos creer, y ella es la que nos enseña lo que debemos hacer.

El nombre de Iglesia, como indica San Juan Crisóstomo (3), significa comunidad, y por lo mismo donde existe el verdadero espíritu católico, existe también el amor al prójimo. «El amor es paciente y tranquilo y no conoce los celos; no se hincha ni se altera, ni hace mal ni busca lo propio ni se goza en la iniquidad, antes por el contrario se complace en la verdad; todo lo sufre, todo lo cree y todo lo espera» (4). El que este amor no posee, á pesar de toda su fe y toda su ciencia, no pasará de ser un bronce hueco y un címbalo que resuena en el vacío. Y si fuera posible que este tal profetizara, que trasladara las montañas y conociera los más recónditos secretos y distribuyese todos sus bienes á los pobres, todo esto no sería más que una obra muerta, pues no la vivificaría el amor. Por esto dijo en otro lugar el apóstol (5), que el cumplimiento de la ley consiste en el amor. El amor es lo más grande; más grande que la fe y la esperanza, pues es como divina flor que de ambas brota. El corazón que en amor arde, pronto excitará en los otros este mismo amor. Con el amor vienen todas las demás virtudes, la misericordia y la mansedumbre, la paciencia y la humildad. Donde existe

(1) August., Tract. in Joan. XXXII, 8.—(2) August., Epist. XCVIII, 3 y sigs.—(3) In Ep. I ad Cor. hom. I, 1: Τό τῆς ἐκκλησίας, ὄνομα οὐ χωρισμοῦ, ἀλλ' ἐνώσεώς ἐστὶ καὶ συμφωνίας ὄνομα.—(4) I Cor. 13, 1 y sigs.—(5) Rom. 13, 10.

el verdadero amor, todo se ilumina, hasta la conducta exterior. Las formas de cortesía que el mundo emplea en el comercio social y que ha elevado á la categoría de uso, no son, en su mayor parte, más que puras formas ó convenciones exteriores; más el amor cristiano, las informa y las comunica solidez y verdad haciéndolas altamente significativas. El seminarista debe, pues, adquirir y ejercitarse en estas formas de cortesía, y practicarlas en una medida mucho mayor, es decir, imitando el ejemplo de Jesucristo que quiso servir y no ser servido (1), dándonos ejemplo para que nos laváramos los pies los unos á los otros (2). En una palabra, el seminario no debe hacer del joven levita un esqueleto sin espíritu ó un fariseo esclavo de la letra de la ley, sino que debe procurar formarle en la verdadera justicia, en la misericordia y en la fidelidad á su vocación (3).

Si esto aprendes en el seminario, entonces sí que puedes, mi querido Timoteo, salir de él con confianza para trabajar en el mundo, cumpliendo tu alta y santa vocación. El verdadero espíritu del seminario permanecerá en tí á doquiera que fueres enviado, pues ha tomado cuerpo en tí y se ha identificado contigo el espíritu de la oración, de la ciencia, del amor y de la santa disciplina (4), en una palabra, el espíritu de los verdaderos hijos de Dios (5).

(1) Matth. 20, 28.—(2) Io. 13, 14.—(3) Matth. 23, 23.—(4) 2 Tim. 1, 7.—(5) Rom. 8, 15.